

descienden volteando levemente
cayendo de las ramas elevadas,
así cae también la humana gente.

Pocos estas verdades veneradas,
después que las oyeron, las mantienen
dentro del recto corazón guardadas.

Pues la esperanza que los hombres tienen
de larga vida, el ánimo fomenta;
y porque los deleita la sostienen.

Mientras la flor de juventud se ostenta
en el varón, de cualquier leve cosa
su espíritu ligero se alimenta.

Por la esperanza, la vejez rugosa
desprecia: ni se cura de la muerte,
ni cuando goza de salud hermosa

piensa en la enfermedad aguda y fuerte.
Necio de aquel que así se lo imagina:
pues ignora cuán corta, y de qué suerte

será la edad de juventud benigna,
y cuán breve es el tiempo concedido
a la vida del hombre que declina.

Pero tú de estas cosas instruido,
cuando ya del vivir el fin se llegue,
de alborozo y de íbilo ceñido,
sufré como virtuoso el mal que allegue.

II

A PITACO SOBRE LA VIRTUD

Es un asunto, Pitaco, espinoso
hacer a un hombre bueno verdadero.
Y una vez hecho, es muy dificultoso

conservar aquel hábito primero;
porque esto, no es del hombre solamente
sino que a Dios lo debe por entero.

Si algún revés le oprime de repente,
por más bueno que sea, no le es dado
mantenerse de pie contra el torrente.

Por esto yo, buscando descarriado
los imposibles, pierdo la esperanza
de que el que vive en el terreno estado

disfrute de una próspera bonanza
aunque sea virtuoso eternamente.
Lo que entiendo diré con confianza:

SIMÓNIDES DE CEOS

ODAS

I

DE CUATRO COSAS

Es excelente cosa
tener salud robusta y deliciosa;

Y tener lo segundo
buen natural, es lo mejor del mundo;
ser rico lo tercero,
sin conseguir con fraudes el dinero;
lo cuarto, sin testigos
pasar la pubertad con los amigos.

II

DE LA MUERTE

Las fuerzas humanas
son débiles y flacas.
Vano y ligero el pensamiento suyo,
y en una corta vida
el hombre sufre males sin medida.

A todos igualmente
la misma muerte alcanza;
nadie rehuye su furor sañudo,
y el malo, como el bueno,
es fuerza que desciendan a su seno.

OBRAS MORALES

I

SOBRE LA VIDA DEL HOMBRE

No hay estabilidad en las humanas
cosas, como lo dijo el excelente
varón de Chío; y cual las hojas vanas

amo al que no hace voluntariamente
maldades, y le alabo y recomiendo,
que a la necesidad que oprime urgente,
ni se resiste Dios, según yo entiendo.

III

AL MISMO SOBRE EL AMOR A LA VIDA

Porque estimes tu vida, en ningún modo
yo te reprendo, Pitaco; la estima
cualquier que no es malvado, o necio, o todo.

El que de sanidad toca la cima
sirve a su ciudad patria en gran manera.
No te reprendo, ni mi voz se arrima

a la agria reprensión: la turba fiera
de los necios es grande, y cansaría
cualquier que corrigirlos pretendiera.

Mas volviendo a decir lo que decía,
declaro que son buenas cuantas cosas
de la negra maldad, horrible, impía
no probaron las lenguas ponzoñosas.

IV

SOBRE LA ESPERANZA

Jove tonante tiene el fin de todo,
oh caro hijo, y todo lo gobierna
a solo su placer, arbitrio y modo.

La ciencia y el saber no es cosa eterna
en los hombres que duran sólo un día,
según aplace a la deidad superna.

La esperanza dulcísima porfía
en presentar sus sueños lisonjeros,
y mil vanos proyectos forma y cría.

El uno espera un día, el otro entero
meses, y cuál un año se promete
gozado entre deleites placenteros.

A éste antes del término acomete
la amarga muerte; y la sañuda y dura
enfermedad al otro le somete.

A cuál Marte cruel, dentro en la oscura
morada de la muerte, le confunde
revuelto de la guerra en la bravura.

Y a tal entre las ondas fieras hunde,
privado del aliento, el mar sañoso.
El que no logra que su vida abunde
de bienes, ante sí triste y lloroso
pasa los días de dolores lleno,
deja la luz del sol, voluntarioso.

Tan cierto es que este mísero terreno
todo lo da de acerto mal mezclado,
y del hombre mortal dentro en el seno
pone el dolor y la tristura el hado.

Si se me da algún crédito, ninguno
de grado se atormenta; antes osado
resista su dolor fiero, importuno.

OTRAS OBRAS

I

DÁNAE LLORANDO POR EL MAR¹

Cuando dentro del arca fabricada
por arte de maestro, horriblemente
bramaba el aire, y toda perturbada
la mar sonaba en rápida corriente,
ella tocando con la mano amada
al querido Perseo, y dulcemente
aplicando llorosa al tierno hijo
sus húmedas mejillas, así dijo:

“Hijo adorado, ¡ay mel cómo me sienta
de gran dolor el corazón deshecho,
y tú en esta morada de tormento
duermes, en tanto, con sereno pecho.
Clavos de bronce ciérranla sin cuento,
y negra oscuridad cubre su techo.
Mas tú no curas de las olas, cuando
sobre tu seca faz están sonando.

“De los vientos el bárbaro ruido
desprecias, y cubierto tu semblante
de este cendal de púrpura extendido,
el peligro no ves que está delante:
que si su horror te fuera conocido,
con tierra oreja, dieras al instante
un rato de atención; y cederías,
tal vez, a las dolientes voces mías.

¹ Acrisio, rey de los argivos, y padre de Dánae, hallándola preñada de Júpiter, la encerró en un arca y la lanzó al mar.

"Mas duermes, duermes, infante, descuidado; duérmase el mar, y duerma el orbe entero; que aunque tal desear sea juzgado vano deseo, yo pretendo y quiero, ¡supremo Jove! padre venerado, sufrir con pecho generoso y fiero, como de ello algún bien al hijo venga, cuanto rigor mi hado en sí contenga."

II

DE LOS QUE MURIERON EN LOS TERMÓPILAS

De los que en muerte generosa y clara en los altos Termópilas cayeron, y venturosa suerte así tuvieron, se venera el sepulcro como un ara.

No le oscurecerá la edad avara que todo lo consume; y los que fueron capaces de un tal hecho, y tal pudieron, gozan una alabanza eterna y rara.

La religiosa tumba do hora posa de estos varones incultos la llama, que en lágubre silencio y paz reposa, a una jamás perecedera fama elevará la Grecia gloriosa doquier que el nombre de la patria se ama.

EPIGRAMAS

I

EPIGRAMA A UNA MUJER CASADA

Aquí la descendencia está encerrada de aquel que en Grecia entre los de Hipia todos se señaló con alma aventajada.

Que nunca supo usar de altivos modos con el padre, el marido, los hermanos, los hijos, ni los próximos tiranos.

II

PARA UNAS ARMAS COLGADAS EN EL TEMPLO DE MINERVA

Estos arcos de guerra, ociosos, de Minerva en el templo colocados,

visto se han varias veces, vigorosos con sangre de los Persas manciñados. De los Persas, que siempre en sus fogosos mortíferos caballos cabalgados, en las peleas de los hombres fieros entran, do suenan llantos lastimeros.

III

PARA LA ESTATUA DE UN ATLETA

Yo Aristodamas, valeroso atleta, fui en Nemea dos veces coronado; en Olimpia logré gloria completa, y también en el Istmo celebrado; y no tanto vencí con fuerza extraña como con el ardid, el arte y maña.

IV

PARA UN PUENTE

Id al templo de Ceres, sacerdotes, sin temor de las aguas invernales, pues ya Xenocles Lidio ha construido puente sobre estos rápidos raudales.

V

ACCIÓN DE GRACIAS A VENUS

A éstos se les mandó que fervorosos a Venus invocasen en sus ruegos, ofreciéndole votos religiosos por los valientes ciudadanos griegos, porque no quiso que la ciudad clara el Persa sagitífero tomara.

VI

PARA LA IMAGEN DE UN ATLETA

En esta imagen mira, y reconoce al vencedor Teócrito en Olimpia, que cuando joven, en la lucha y carro tuvo una soberana maestría.

Hermoso siempre, aun cuando vigoroso, en la áspera lucha se ejercita,

que de sus padres la ciudad adorna²
con la corona a su valor debida.

VII

EPITAFIO PARA UN CAZADOR

¡Oh Licas, cazador de fama honrosa!
Las fieras tiemblan al fijar su planta
en tu sepulcro, y el Pelión y el Osa,
y el Citerón,³ do crece hierba tanta,
a las tiernas ovejas saludable,
conocen tu valor inimitable.

VIII

DEL DEBER

Cuando el Bóreas veloz ligeramente,
viniendo de los Tractos, el costado
cubrió del alto Olimpo preeminente
fatigando a cualquier desabrigado,

la vida nos volvió benignamente.
Mas quiero yo que agora derramado
temple mi taza: que es un hecho fiero
dar el vino caliente al compañero.

IX

DE UN RETRATO

El amor que me tenía
Praxiteles expresó:
por la imagen le pintó
que en su corazón sentía.

Y Frinés en el momento
de mi cuadro el precio dio,
a así a mi retrato yo
arrojo flechas sin cuento.

que la mujer, ni una cosa
peor puede disfrutar.

XI

DE LOS ATENIENSES

Grande luz amaneció
a los atenienses cuando
Harmodio, a Hiparco matando,
a Aristogión siguió.

X

DE LA MUJER

No puede el hombre gozar
una cosa más hermosa

A SÓFOCLES

A tí, Sófoles amado,
de los poetas honor,
una uva con rigor
te dio fin desventurado.

XII

² En los Juegos Olímpicos se proclamaba el nombre del vencedor, de su padre y de su patria.

³ Pelión y Osa, montes de Tesalia, y Citerón, monte de Beocia.